

THE HORUS HERESY®

Aaron Dembski-Bowden

EL SEÑOR DE LA HUMANIDAD

Guerra en la Telaraña



timunmas

THE HORUS HERESY®

EL SEÑOR DE
LA HUMANIDAD

Aaron Dembski-Bowden

timun**mas**

Título original: *The Master of Mankind*
Traducción: Traducciones imposibles, 2019

The Master of Mankind © Copyright Games Workshop Limited 2018.

Master of Mankind, El Señor de la Humanidad, GW, Games Workshop, Black Library,
The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K,
Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos,
ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes,
y el distintivo * o TM, y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo.
Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada en Gran Bretaña en 2018 por Black Library
Games Workshop Limited.,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK
www.blacklibrary.com

© de la traducción, Games Workshop Limited, 2019. Traducida y explotada bajo licencia por
Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Ilustración de cubierta de Neil Roberts

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona
Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficti-
cios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0633-7
Preimpresión: Keiko Pink & the Bookcrafters
Depósito legal: B. 21.859-2019

Impreso en España
Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema
informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del
editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la
propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar
o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web
www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico**
y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

UNO

El primer asesino

Sed

Hambre

Dos hombres gritan en una era olvidada. El rugido del criminal armoniza con el aullido del ejecutado. En esta época tan temprana, cuando la humanidad todavía teme a los espíritus del fuego e implora a falsos dioses que el sol vuelva a salir, matar a un hermano es el crimen más espantoso.

La sangre mancha el rostro del hombre, al igual que mancha la lanza que sujetan sus puños apretados y las rocas que yacen bajo el cuerpo agonizante. La herida chorrea y salpica; el hombre prueba el vino tinto que brota de las venas de su hermano, sintiendo la calidez de la sangre allí donde esta cae sobre su barba, saboreando metales que aún están por descubrir y mares nunca vistos. A medida que la sal ardiente de una vida derramada quema su lengua, el hombre lo comprende con una claridad imposible:

Él es el primero.

La humanidad, en todas sus formas a lo largo del infinito camino desplegado ante ella, desde los cuerpos reptilianos hasta los mamíferos de sangre caliente, siempre ha luchado para sobrevivir. Incluso siendo criaturas simiescas encorvadas y toscos hombres primigenios, ha emprendido guerras insignificantes y miserables contra sí misma utilizando los puños, los dientes y las rocas.

Sin embargo, este hombre es el primero. No el primero en sentir odio, ni siquiera el primero en matar. Es el primero en arrebatar una vida a sangre fría. Es el primero en asesinar.

La mano revoltosa de su hermano moribundo se tiende hacia él y le clava sus sucias uñas en la piel sudorosa. ¿Busca piedad o venganza? El hombre no lo sabe e, invadido por la furia, tampoco le importa. Hunde la lanza todavía más en la carne dura que empieza a ceder y araña con ella los huesos. Él sigue gritando, sigue bramando.

El grito del primer asesino traspasa el velo y resuena de igual modo a través de la realidad y la irrealidad.

Para las criaturas que esperan en la disformidad, la humanidad nunca volverá a entonar una canción más dulce que aquella.

Tras el velo, ese grito cobra una miríada de formas, todas ellas de variedades desenfundadas e infinitas. Las frágiles leyes de la física que gobiernan el universo material con tanta frialdad no tienen ningún poder; aquí, esos códigos vinculantes se fracturan en diversas quimeras. Aquí, el mismísimo tiempo acude a morir.

Se hunde sin cesar, chocándose, disolviéndose y transformándose en esa tormenta continua. Fractura una tromba de gritos distintos que todavía no han sido emitidos en voz alta. Perfora la carne llameante de fantasmas aulladores, sumándose al tormento de aquellas almas perdidas y desamparadas. Atraviesa con su filo una enfermedad que los remedios humanos extinguieron veintiséis mil años atrás.

Y sigue. Y sigue. Y sigue. Choca con sucesos que todavía no han ocurrido, y que no ocurrirán durante media eternidad. Se restriegue contra acontecimientos que tuvieron lugar cuando las primeras criaturas terranas exhalaban agua y, por primerísima vez, tomaron aire a pleno pulmón.

Tras el velo, no existe el cuándo ni el entonces. Todo es ahora. Siempre y eternamente ahora, en las mareas cambiantes de una maldad infinita.

Unas luces brillan en esa negrura maligna: las luces de una consciencia que arrastra la oscuridad cada vez más cerca. Esas mismas luces llamean, chillan y se disuelven con el más sutil roce de las

fuerzas que las rodean. Los sueños y los recuerdos cobran forma solamente para romperse en pedazos entre las garras y las fauces que se manifiestan en el vacío.

El grito sigue hundiéndose a través de cada susurro de odio que algún día será proferido por una boca humana o pensado por una mente de igual naturaleza. Restalla como un relámpago en el cielo de una civilización agonizante que desaparecerá antes siquiera de poder alcanzar las maravillas de los viajes espaciales. Resquebraja los huesos pétreos de una cultura convertida en polvo miles de años atrás.

Desde el origen de la respiración y el sonido, el grito se convierte en una nada acre y, luego, en furia y fuego. Pasa a ser un recuerdo que arde, un susurro que desgarrar y una profecía que sangra.

Y se transforma en un nombre. Un nombre que no significa nada en ninguna lengua hablada por ninguna especie, viva o muerta. Un nombre que posee significado solo en los pensamientos sofocados y frustrados de aquellos humanos que toman su último aliento, en ese valioso y terrorífico momento en el que sus espíritus quedan atrapados entre un reino y el siguiente.

El nombre de una criatura, un demonio nacido de la gélida rabia de un alma traicionera en un segundo de traición. Su nombre es ese mismo acto, el primer asesinato y el estruendo letal que lo sigue.

Durante el estrepitoso viaje de la criatura a través de la disformidad, esta acaricia las mentes de todos y cada uno de los humanos que fueron y serán, desde los fallecidos largo tiempo atrás hasta aquellos que no han nacido todavía. El demonio está ligado a esta especie por una intimidad primitiva tal que cada hombre, mujer y niño conoce su tacto (en la profundidad de su sangre y sus huesos), aun desconociendo su nombre por completo.

Miles de millones de ellos se agitan en sus sueños a través de las numerosas eras del hombre, retorciéndose en contra del tacto no deseado de aquella criatura en el momento de su nacimiento, en los albores brumosos del tiempo.

Millones de ellos despiertan y observan la oscuridad de las chozas de barro, las alcobas suntuosas, las urbanizaciones y cualquier

otra de las incontables estructuras que los humanos construyen para sí mismos a través de un millón de mundos y a lo largo de miles de años.

Uno de ellos, un durmiente en la mismísima Terra, despierta y busca un arma a tientas.

Su mano se deslizó por la seda fría, centímetro a centímetro, con sutileza, hasta que agarró el mango de marfil que le era tan familiar. Algo mecánico susurraba dentro de su alcoba, como una canción monótona entre las sombras.

—No levantes el arma —dijo la voz de su asesino—. Dicen que eres una mujer inteligente, ministra Zu. Esperaba poder ahorrarnos tales estupideces.

La ministra tragó saliva, acompañada por un chasquido en la garganta. No soltó la pistola. Su mano parecía estar pegada a ella por el repentino sudor nocturno.

¿Cómo podía estar él allí? ¿Qué había sido de sus guardias? Un palacio colmado de guerreros aguardaba abajo, armados hasta los dientes y tan bien pagados que los posibles sobornos de sus rivales resultarían ser inútiles. ¿Dónde estaban? ¿Y qué era de su familia?

¿Dónde están las endemoniadas alarmas?

—Levántate, ministra. —La voz era demasiado grave y resonante para ser humana, y tampoco transmitía nada que se pareciese en lo más mínimo a una emoción humana. Si las estatuas hablasen, lo harían con la voz de aquel asesino—. Sabes que, si estoy aquí, puedes considerarte muerta. Nada podrá cambiar eso ahora.

Ella se incorporó lentamente, aunque se negó a aflojar la mano que aferraba su pistola.

—Escucha —articuló ante la figura dorada que aguardaba en la oscuridad.

—Negociar tampoco servirá de nada —aseguró el asesino.

—Pero...

—Ni tampoco suplicar.

Aquello hizo saltar una chispa en su interior. Sintió que las facciones se le endurecían a medida que su temperamento prendía su coraje.

—No iba a suplicar —respondió con voz gélida.

—Mis disculpas, entonces. —Aquella figura no se movió en absoluto.

—¿Y mis guardias?

—Sabes lo que soy, Kojá Zu. Puedes escoger morir en soledad, o resistirte a lo inevitable y provocar que yo salga de este palacio solamente cuando haya terminado de matar a todos los que residen en él.

«Mi hijo». Ese pensamiento brotó y sangró de ella, ardiente e indómito.

—Mi hijo. —Pronunció aquellas palabras en voz alta antes de poder contenerlas.

—Está en edad de servir al Emperador.

La mano de Kojá Zu tembló mientras seguía asiendo la pistola.

—No —contestó ella, y se odió a sí misma por el temblor de su voz—. Solo tiene cuatro años. Por favor, no. Las legiones no.

—Es demasiado joven para las legiones. Existen otros destinos, ministra.

Sus ojos se iban ajustando a pesar de que se le hubiese helado la sangre. En la penumbra de las horas que preceden al alba pudo divisar los bordes ricamente decorados y superpuestos de su armadura bruñida. Aquel traje dorado emitía un arrullo grave, el origen del ronroneo mecánico. Entre sus manos sostenía una lanza larga, inclinada hacia abajo para apuntarla a ella. Adherido a la cuchilla del arma, que era tan larga como un brazo, se encontraba el voluminoso bastidor de una pistola bólter envuelto en una red de alambre reforzado.

Nada de aquello la sorprendió. Lo que sí la desconcertó fue que el asesino permaneciese allí con la cabeza al descubierto, mostrando un rostro que en su momento fue humano.

—Nunca había visto a uno de los tuyos así —confesó ella—. Ni siquiera estaba segura de que tuvieseis rostro.

—Ahora ya lo sabes.

Kojá Zu observó cómo el asesino inclinaba ligeramente la cabeza, y oyó el susurro de los inestimables mecanismos del cuello de su armadura dorada. Aunque su imponente figura había sido mejorada por la intervención genética, fuese la que fuese, que su señor había realizado para mejorar el intelecto y el físico de aquella

bestia, ninguna clase de ingeniería genética podía ocultar sus orígenes. Había sido humano una vez. De ascendencia albiana, tal vez, a juzgar por los rasgos que se escondían bajo la piel curtida y las cicatrices de guerra.

—¿Puedo al menos conocer el nombre de mi asesino?

Él vaciló, y Koja se atrevió a creer que lo había pillado por sorpresa con una pregunta inesperada. Aun así, sus ojos oscuros se mantuvieron firmes.

—Mi nombre es Constantin Valdor.

—Constantin —repitió ella poco a poco. Sus estudios sobre mitología de la Vieja Tierra habían sido exhaustivos, y a menudo recurría de nuevo a aquellos antiguos cuentos y leyendas en sus discursos, pues eran perfectos para inspirar a las innumerables masas de despojos impíos y desesperados que la servían. La ministra se percató de que sonreía, a pesar de que su hijo pudiese ser condenado a un destino de sufrimiento genético; a pesar de que su propia muerte estuviese a meras exhalaciones de distancia. Esbozó una sonrisa propia de una desquiciada, mostrando todos los dientes y abriendo los ojos de par en par—. Va a matarme un hombre con el nombre de un antiguo rey.

—Eso parece. Si tienes unas últimas palabras, me aseguraré de que lleguen a oídos del Emperador.

Koja Zu torció los labios.

—Emperador. ¡Cómo odio ese título!

—Es el soberano de este mundo y el amo de nuestra especie. No hay título más apropiado que ese.

Ella dejó al descubierto sus dientes con una expresión demasiado repugnante y desafiante para ser una simple sonrisa.

—¿Alguna vez te has parado a pensar a qué clase de criatura sirves?

—Sí. —Su oscura mirada siguió observándola fijamente—. ¿Y tú?

—El «Señor de la Humanidad». —Koja sacudió la cabeza al sentir la agradable llamarada de la superioridad moral—. Ni siquiera es humano.

—Ministra Zu. —El guerrero dorado le hizo una advertencia con solo pronunciar su nombre. Una advertencia que ella no tomó en cuenta.

—¿Acaso respira? —inquirió—. Dímelo, custodio. ¿Alguna vez lo has oído respirar? Es una mera reliquia de la Era de la Oscuridad. Un arma que olvidaron volver a meter en su caja y que ahora corre desenfrenada.

Valdor parpadeó una sola vez. Era la primera vez que Koja lo veía parpadear. Aquel movimiento humano tan excepcional le resultó inquietante; a ella le pareció falso, como si aquel gesto no tuviese derecho a ocupar un lugar en sus facciones esculturales.

—Terra —dijo él— es un mundo sitibundo.

Entonces lo supo. Con aquellas palabras, comprendió por cuál de sus muchos crímenes iba a morir. Por el que ella menos esperaba.

Una risotada, inquieta e inoportuna, emergió de su garganta sin control.

—Oh, esclavo miserable —manifestó, incapaz de alejar aquella repugnante sonrisa de su cara.

—Otros mundos sufren una sed similar. —Los ojos del asesino áureo se habían cubierto de una serenidad inhumana que se tornaba mucho más incómoda por la inteligencia vivaz que brillaba tras ella—. Y, sin embargo, ninguno de ellos tiene el radiante honor marcado por la guerra de ser la cuna de la humanidad. Este mundo es el corazón palpitante de la Gran Cruzada, ministra. ¿Sabes cuántos hombres, mujeres y niños se abren camino paso a paso hacia aquí, hacia el primer hogar de la humanidad? ¿Sabes cuántos peregrinos desean solamente ver la ancestral Tierra con sus propios ojos? ¿Cuántos refugiados huyen de sus mundos defectuosos y malogrados ahora que el velo de la Vieja Noche se ha levantado? Ya se dice que las tierras no colonizadas del Mundo del Trono son el género más valioso de nuestro Imperio emergente. Pero eso no es así, ¿verdad? Hay un recurso que resulta mucho máspreciado.

Ella, con la respiración pausada y tranquila, fue agarrando su pistola automática con más fuerza a medida que el guerrero hablaba. Aun sabiendo que iba a morir, aun sabiendo que no tenía ninguna posibilidad de levantar el arma, su cuerpo se negaba a renunciar a sus instintos de supervivencia. Su naturaleza le exigía que luchase por vivir.

—Lo que hice —expresó ella— fue por mi gente.

—Y ahora morirás por lo que hiciste por ellos —replicó sin malicia alguna.

—¿Solo por eso?

—Solo por eso. Tus otras traiciones no tienen ninguna importancia a ojos de mi señor. Tus pogromos purificadores. Tus negocios con carne prohibida. El ejército de despojos genéticamente modificados que has retenido en los búnkeres que hay bajo las estepas jermánicas. La perspectiva de tu rebelión nunca supuso una amenaza para la Pax Imperialis. Tus crímenes de apostasía son nimiedades. Vas a morir por las pecaminosas máquinas recolectoras que drenaron el Último Océano.

—¿Por robar agua? —Notó la necesidad de reír otra vez, y aquella sensación no fue en absoluto agradable. La risa se deslizaba por su torrente sanguíneo, buscando el modo de liberarse—. Todo esto... ¿porque robé agua?

—Me alegra ver que comprendes la situación, ministra Zu. —Ladeó la cabeza una vez más, con una gentileza extraña y otro sutil ronroneo de sus músculos mecánicos—. Adiós.

—Espera. ¿Qué será de mi hijo? ¿Cuál será su suerte?

—Empuñará plata, vestirá oro y deberá cargar con el peso de las máximas expectativas.

Zu tragó saliva al sentir que su piel tiritaba de nuevo.

—¿Vivirá?

La estatua dorada asintió con la cabeza.

—Si es fuerte.

En ese instante, sus temblores cesaron. El miedo desapareció y convirtió su manifiesta rebeldía en algo entre alivio y esperanza. La ministra cerró los ojos.

—Entonces vivirá —afirmó.

Se oyó un estallido, ronco y demoledor, y ella cayó, se hundió, se ahogó en aquel estampido. Hubo presión, calor, y todo se tornó gris, gris, gris. Y entonces, por suerte, llegó la nada.

La nada al menos para ella.

La criatura formada por los gritos entrelazados del primer asesinato se liberó entre zarpazos y aullidos del seno de la disformidad. Se arrastró a través de una herida en el universo y se infiltró en la

realidad con todo el esfuerzo que se espera de un ser que provoca su propio nacimiento. Una vez alejado de las mareas sustentadoras del mar de Almas, su carne expulsó vapor y se estremeció. La realidad comenzó a devorar su cuerpo de inmediato, royendo a aquella bestia que no debía existir.

Se levantó, extendió sus extremidades y sentidos, y se zafó del fuego escurridizo y húmedo de su génesis.

Estaba hambriento.

Comenzó la cacería.

Fiel a su naturaleza, cazó solo, en la frialdad de su reino sin sol, ignorando los gritos celosos, coléricos y espantosos de sus semejantes inferiores. Era incapaz de sentir afinidad alguna, ni siquiera con aquellos monstruos con los que compartía un nacimiento similar, y los consideraba (si es que su inteligencia le permitía generar algún tipo de razonamiento) reflejos inferiores de su superioridad. La existencia de aquellas criaturas y las flaquezas que sufrían no eran nada, mucho menos que nada.

Si algún erudito imperial hubiese conseguido introducirse en el cráneo de aquel demonio, y hubiese hallado dentro un cerebro que diseccionar en busca de respuestas, la mente de la criatura habría quedado al descubierto como un nodo de percepciones sensibles abrumadoras. Un animal puede cazar por el movimiento de su presa o por el olor de su sangre, pero el demonio no comprendía tales rastros desdeñables de olor, visión o sonido. Él no cazaba mediante los mecanismos rudimentarios de los cuerpos de sus presas, sino guiado por la luz de sus almas.

El monstruo se movió sin ser visto por los enormes túneles y cámaras, corroyendo a su paso el material arcano que constituía aquel reino antinatural. No llevaba ningún arma. Si necesitaba una cuchilla o un garrote, crearía uno con su propia esencia y lo utilizaría para abrir por la fuerza los caparazones quebradizos de sus víctimas y darse un banquete con la vida que albergasen dentro. Lo más probable era que confiase en su propia fuerza, en sus garras y sus fauces. Con ellas tendría suficiente para cualquier tipo de presa, exceptuando las más duras, las que habían sobrevivido cuando la criatura se había encarnado en el pasado para cazar en otros mundos.

Se arrastró por las paredes destrozadas del extenso túnel, extendiendo sus percepciones imposibles. El demonio escuchó la canción de almas que sonaba cercana. El coro de emociones humanas lo atraía como el canto de una sirena. El Anatema se encontraba en algún lugar de este reino, al igual que sus vástagos, los Dorados. El demonio les daría caza y los desgarraría con las armas que moldearía con su corazón colmado de odio.

Los pensamientos de la criatura, como aceite hirviendo, se adhirieron a la ofrenda de una presa. El instinto empujó al demonio hacia el oeste.

Siguió arrastrándose, a veces moviéndose a través de túneles tan largos que desafiaban los sentidos del demonio y aparentaban ser extensiones gigantescas y vacuas de nada. Acechó entre la abundante niebla dorada que cubría una parte tan grande de este reino, y fue cambiando a medida que se desplazaba; su carne se combó y se solidificó, y sobre ella se formó una costra de escamas de metal bruñido.

Unos microscópicos puntos de vida agujonearon sus sentidos. La criatura redujo la marcha, se detuvo y se dio la vuelta. Una saliva tan caliente como el magma comenzó a gotear entre sus dientes descubiertos.

Se abalanzó hacia delante, con el sigilo propio de una sombra y más rápido de lo que la vista podría seguir.

Un servidor fronterizo sintió que la criatura se acercaba. AL-141-0-CVI-55(0023) era una tecnoesclava, una mujer que durante quince años había respondido a una denominación numérica en lugar de al nombre que ya no recordaba. Se había ganado su condena por asesinar a un supervisor de forja durante un disturbio motivado por la escasez de alimentos. Ahora estaba volviendo lo poco que quedaba de su cabeza hacia la anomalía del escáner.

—Rastreado —dijo AL-141-0-CVI-55(0023) en voz alta.

Esa sola palabra inició el despertar de los servidores que había cerca. Se aproximaron a ella con la soltura patética de los miserables medio muertos que eran. Levantaron unas armas inmensas. Entrecerraron sus ojos vidriosos para mirar a través de las lentes de selección de objetivos. Unos rayos trazadores tan finos como cuchillas surgieron de las bocas de los cañones y del conjunto de localizadores de blancos.

A pesar de lo rudimentarios que eran, los servidores estaban preparados para desempeñar la tarea de centinelas. Eran conscientes de que muchos de los suyos, tras conectarse a la red de comunicación que compartían, se habían quedado callados. Supieron, a su modo simplón de comprender las cosas, que sus semejantes estaban siendo aniquilados.

Con una forma distinta de ignorancia, el demonio no sabía qué era un servidor. Desconocía por completo el proceso de lobotomización que liberaba el cerebro de un criminal de una capacidad cognitiva más profunda, o la injertación de toscas máquinas lógicas monotarea que sustituían una mente racional. Solo sabía lo que podía sentir, es decir, que las almas mermadas que habitaban aquel terreno de caza solo estaban lo bastante vivas como para sangrar, y el derramamiento de sangre era lo único que importaba.

Se acercó. Los pensamientos mecánicos simples de los servidores murmuraban contra su esencia. Percibió el olor disforme de sus armas; no el culote de fyceleno ni las bobinas magnéticas que vibraban, sino las armas en sí. Instrumentos de destrucción con sus propios reflejos espirituales. Eran caricias de presión golpeteando la mente del monstruo. El demonio podía sentir cualquier cosa que hubiese derramado sangre o hubiese arrebatado una vida. Una criatura asesina conocía a los que compartían su naturaleza, ya estuviesen compuestos por icor etéreo, carne mortal o metal santificado.

—Rastreado —dijo de nuevo AL-141-0-CVI-55(0023). Tres de los otros servidores repitieron aquella palabra ligeramente desincronizados. Su cabeza giró con brusquedad en varias direcciones sobre una columna vertebral con implantes augméticos, buscando, cazando. Unos pinchazos de información sensorial vibraron por los costados de su mermada consciencia, pero fue suficiente—. Localizado —emitió.

—Localizado —reiteraron los otros tres sin coordinación alguna cuando los sensores de sus cráneos registraron a la criatura que se les acercaba un instante más tarde.

AL-141-0-CVI-55(0023) dedicaba sus atrofiados procesos cerebrales a dos subrutinas. La primera era emitir una señal de tres pulsaciones de ruido blanco a través de un canal de comunicaciones no cerrado para notificar a su controlador su estado de alerta

augmético. La segunda era asegurar sus pies biónicos a la superficie oculta del suelo del túnel. El inmenso bólter pesado que sustituía su brazo derecho resonó dos veces, cargado de intenciones. Una ronda de munición repiqueteó desde el almacén del arma hasta donde se conectaba a su abultada mochila.

El demonio, que seguía siendo poco más que una amenaza nebulosa palpitando al filo de sus receptores sensoriales, vagó cual fantasma entre los edificios derruidos treinta y dos grados a la izquierda. El servidor giró sobre sí mismo acompañado, por la melodía ronca de sus juntas mecánicas, y abrió fuego con su bólter pesado. La criatura emitió un rugido seco y, con la fuerza de aquel ataque, sacudió el cuerpo entero de la mujer. Un segundo y medio más tarde, los burdos compensadores de retroceso adheridos a sus músculos y huesos se accionaron para mantener el arma centrada en su objetivo. Los fragmentos partidos de sus dientes ya habían chocado entre sí con la fuerza suficiente para que las encías empezasen a sangrar. La mujer no sintió dolor alguno. Los nervios de sus encías ya habían sido inutilizados para inmunizarla ante aquella misma reacción.

Los otros servidores la siguieron, asegurando sus pies al suelo y lanzando sus propias descargas de proyectiles explosivos. Ninguna de las cuatro unidades registró los impactos de los disparos ciertos. Cada una de ellas transcribió sus propios tiros fallidos en los motores de datos simplificados en el núcleo de sus cráneos.

Una vez sus armas se detuvieron tras perder al objetivo, el número total de disparos ciertos resultó ser cero.

—Asignando subrutina de búsqueda de depredadores —expresó AL-141-0-CVI-55(0023). Ella siguió avanzando, la imagen que mostraba el auspex se estrechó y focalizó en buscar a aquel adversario que, sin duda, estaba herido. Hasta su cerebro embotado podía procesar la anomalía que había en juego. Sus cálculos para la localización del objetivo indicaron que la criatura podría haber recibido el impacto de entre veintinueve y cuarenta y cuatro proyectiles de calibre .998. Ya no debería de poder moverse, y menos todavía con la rapidez suficiente para haber logrado esconderse de nuevo. El comunicador de AL-141-0-CVI-55(0023) vomitó aquel detalle anómalo a su controlador.

No recibió respuesta. Con una sola contracción de sus músculos sobrenaturales, el demonio se impulsó desde un lugar en el que no podía ser detectado por la matriz sensorial del servidor y, entonces, hundió una de sus garras, afiladas como lanzas y compuestas por cartílago e icor, en el pecho del servidor, destruyendo de este modo el motor monoprogramado que ocupaba el lugar de los órganos que le habían extirpado, además de destrozar el único pulmón biológico que conservaba y que había sobrevivido milagrosamente sin implantes augméticos durante más de una década.

—Enemigo localizado —intentó decir el servidor, pero de su boca solo salieron varios fragmentos de dientes rotos y sangre, que fue derramándose sobre la garra que la había matado. Aquel brazo arremetió una vez más contra su cuerpo acompañado por el chasquido y el crujido de la carne maltratada. El servidor cayó al suelo entre pedazos empapados y dañados.

—Enemigo localizado —trató de emitir de nuevo la pieza más grande que la componía. Sus procesos mentales, tortuosos y primitivos, no alcanzaban a comprender por qué su arma principal no estaba disparando. Carecía de la capacidad de realizar un diagnóstico y su sistema nervioso había sido químicamente rediseñado tras su sentencia, así que no tenía ni idea de que había sido reducida a pedazos.

Los bólters bramaron, pero no emitieron ruido alguno para el demonio, pues sus sentidos desconocían lo que era el sonido. La bestia atacó tres veces más. Con sus fauces pulverizó la carne aliñada con aceite artificial y atravesó con sus garras las frágiles placas de blindaje hasta alcanzar el tejido más blando que había debajo.

La sangre que derramó era impura e inadecuada para fluir por un corazón humano, corrompida por la naturaleza de los procedimientos de reconversión cibernética, pero aquellas impurezas eran irrelevantes para la criatura. Saboreó la sensación de muerte, y fue cambiando su pellejo y su forma hasta adoptar una figura capaz de inclinarse y olisquear los torrentes de sangre que serpenteaban a través del suelo envuelto en niebla.

Dos de los servidores derribados protestaron sin voz ni extremidades, esforzándose por cumplir con sus obligaciones hasta exhalar el último aliento. Sobre el suelo, medio perdidos bajo la bruma

baja, el torso desmembrado y la cabeza del servidor líder siguieron con vida milagrosamente durante casi dos minutos (no sin sufrir una intensa agonía). Lo único que ella podía sentir aparte del dolor que producía el fallo de sus órganos mecánicos incapaces de sustentarla era la proximidad del ente que la había destruido.

—Enemigo localizado —intentó advertir a su controlador a través del comunicador, aunque sin pulmones en funcionamiento y sin gran parte de su garganta no consiguió emitir sonido alguno. Lo último que oyó, y que su núcleo cognitivo fundido registró, fue a su asesino dándose un banquete con los restos de sus semejantes.

La bestia, guiada por su hambre ilógica e infinita, extendió sus enormes alas entre los crujidos quejumbrosos de nervios desgarrados. La sangre de los servidores abatidos estaba saturada de sustancias químicas, poseía un sabor ceniciento y no logró conservar el interés de aquella criatura. El hambre tiraba de las hebras de su cuerpo.

Lejos de sentirse satisfecha, anhelaba devorar almas más fuertes y sangre más fresca que las de aquellos humanos reconstruidos y adulterados. Impelido por el ansia de muerte y la necesidad de sangre, el demonio nacido del primer asesinato dirigió su conjunto de percepciones inhumanas hacia una ciudad muerta que, en los últimos años, había sido reclamada por nuevos invasores.

A veces era sumamente importante el origen del que procedía la sangre.